



Balta Lelija

27 de septiembre de 2022
Martes de la Semana XXVI del Tiempo Ordinario
“El Señor protege a los justos”

Siguiendo el calendario tradicional, se conmemora hoy a los mártires Cosme y Damián. Por tanto, escucharemos hoy la lectura correspondiente a esta memoria. En el siguiente link podéis encontrar también una meditación basada en la lectura del santo a quien se celebra hoy en el calendario nuevo, San Vicente de Paúl: <http://es.elijamission.net/dios-eligio-la-flaqueza/>

Sb 5,15-20

Los justos viven para siempre; encuentran su recompensa en el Señor y el Altísimo cuida de ellos. Por eso recibirán un reino distinguido y una hermosa diadema de manos del Señor; pues con su diestra los protegerá y los escudará con su brazo. Tomará la armadura de su celo y armará a la creación para vengarse de sus enemigos; vestirá la coraza de la justicia, se pondrá por casco un juicio imparcial, empuñará como escudo su santidad invencible, afilará la espada de su cólera implacable, y el universo luchará a su lado contra los insensatos.

Al hablar de los “justos”, la Sagrada Escritura se refiere a aquellas personas que se esfuerzan seriamente por cumplir la Voluntad de Dios. Los justos recibirán su recompensa y el Señor les dará todo lo que ha preparado para ellos.

“La vida de los justos está en manos de Dios” –dice el Libro de la Sabiduría en otra parte (3,1), y el pasaje de hoy nos asegura que la diestra del Señor los protege y los escuda. ¡Las promesas de Dios son veraces e irrevocables! Se mantienen en pie en todas las circunstancias, especialmente cuando los justos (en la terminología cristiana diríamos: “los fieles”) están en peligro.

Es importante entender estas palabras en toda su profundidad, de manera que no se refieran primordialmente a la protección de la vida corporal, como si los justos quedasen exentos de todos los peligros y de los males que nos acechan en este mundo. Antes bien, se aplican a la dimensión más profunda de la vida, especialmente a su dimensión trascendental. El Señor quiere tener cerca a los suyos por toda la eternidad y recompensarles su fidelidad. Así, les promete que, bajo su protección, alcanzarán la vida

eterna y, pase lo que pase, no se perderán. A los fieles, por su parte, les corresponde perseverar en la gracia de Dios y seguir la guía del Espíritu Santo.

Las palabras que siguen después en la lectura bíblica de hoy nos traen a mente la “armadura espiritual” descrita en la Carta a los Efesios (6,11-18). Los fieles han de protegerse contra las tentaciones de este mundo, contra las acechanzas del diablo y contra su propia carne, cuando ésta quiere rebelarse contra el espíritu (Gal 5,17). ¡Pero no están solos en su lucha! Si fuera así, sería imposible salir victoriosos...

El Señor mismo se reviste con “la armadura de su celo” por las almas. Él se vale de los poderes de su Creación contra el enemigo. Él, el Santo y Justo, sabe usar las palabras de su boca cual espada (Ap 19,15). Él separa la verdad de la mentira y pone en su lugar a los poderes hostiles a Dios.

Pero el Señor invita a los suyos a luchar de su lado en este gran combate, a enrolarse en el “ejército del Cordero” para luchar contra los “insensatos”, como dice la lectura. Estos insensatos son aquellos que, en su ceguera, se rebelan contra Dios. Ante todo, son los ángeles caídos. A ellos los enviará el Señor a su destino eterno.

Pero también hay que tener en cuenta a aquellas personas que se han dejado seducir por el espíritu del mal, que viven en una ignorancia involuntaria y no conocen aún la luz de la fe. Por más que parezca que los esfuerzos son en vano, mientras exista la posibilidad de conversión no debemos rendirnos en la lucha por las almas, incluso por las más obstinadas.

Un arma fundamental en este combate es el anuncio del Evangelio, como nos dice San Pablo: “*Manteneos firmes (...), calzados con el celo por el Evangelio de la paz*” (Ef 6,14-15). A través del anuncio de la Muerte y Resurrección de Cristo, hemos de arrebatarnos a las tinieblas su presa. En este enfrentamiento, a la Virgen María se le ha encomendado aplastar la cabeza de la serpiente (cf. Gen 3,15). Con la armadura del Señor, los fieles están bien equipados.